Navid Kermani, *Incrédulo asombro. Sobre el cristianismo*, Madrid: Trotta, 2018, 264 pp., 14,5 x 23, ISBN 978-84-9879-737-4.

Escritor y académico de origen iraní y religión musulmana, al parecer sobre todo en su versión sufi, el autor alemán afronta cuarenta obras de origen cristiano, para realizar una lectura personal, donde lo religioso tiene también un protagonismo importante, como resulta lógico. Es esta, por tanto, una interpretación creyente, si bien dentro de lo que Kermani considera incredulidad. La actitud inicial es también asombrada y respetuosa, incluidos algunos comentarios que debemos considerar bienintencionados, a pesar de sonar irreverentes a oídos cristianos. La explicación resulta clara pues su creencia de partida es la musulmana, por lo que tiene serias dificultades con la doctrina de la Trinidad y de la divinidad de Jesucristo, por mencionar tan solo los núcleos centrales de nuestra fe. En este sentido, me parece ilustrativa la siguiente cita: “Me gustaría recomendar a mi amigo católico que, solo una vez, a modo de prueba, leyera los tres primeros evangelios como si no existiese el evangelio según san Juan. Quedaría entonces poco de lo que definitivamente separa la Biblia del Corán, en realidad solo la crucifixión, que tampoco ha supuesto grandes dificultades a la literatura sufi” (p. 192). Dejando aparte las inexactitudes exegéticas de este comentario, pienso que este texto revela muy bien la actitud del autor.

Al mismo tiempo, supone este un acercamiento muy interesante al cristianismo,

sobre todo oriental, a partir del islam. Lógicamente el entorno en que se sitúa es Oriente Medio, aunque no solo, pues se acerca igualmente a la ortodoxia de origen bizantino. Queda, sin embargo, la duda de si realiza un deliberado *casting* –por decirlo un poco en estilo kermaninesco– del cristianismo, pues elige solo como interlocutor legítimo al cristianismo Oriental (lo cual resulta comprensible), sobre todo en su versión monástica. Muestra así la iniciativa en tierras islámicas del padre Paolo dell’Oglio (cfr. pp. 147ss.) y de otras iniciativas eclesiales en diálogo con el islam. En las páginas finales invoca al encuentro de Francisco con el sultán egipcio al-Kamil, en busca de una recíproca paz. La erudición de Kermani resulta casi infinita, oceánica, también en lo que se refiere al diálogo interdisciplinar e interreligioso. En este sentido, la lectura de estas páginas resulta sumamente interesante. Ratzinger decía que la belleza presente en la vida de los santos y en el arte cristiano podría ser un interesante agente de evangelización en el mundo actual. En el caso de Kermani, se ha quedado todavía en el umbral, a pesar de su “amigo católico”, al que invoca con frecuencia y que constituye un bonito testimonio de amistad.

Pablo BLANCO
Universidad de Navarra
DOI 10.15581/006.56.2.551